

Mis amigos de la Biblia

Etta B. Degering / Tomo 2





Tu espacio
jóvenes **JA**
La radio joven adventista...

Berran

Mis amigos de la Biblia

Etta B. Degering / Tomo 2



Ilustraciones: Robert L. Berran, Manning de V. Lee, William Dolwick y William Heaslip

Historias que aparecen en este tomo:

Jesús y la tormenta
Jesús y los niños

Samuel, el pequeño sacerdote
David, el hermano menor

ASOCIACION PUBLICADORA INTERAMERICANA

Bogotá—Caracas—Guatemala—Madrid—Managua
México—Panamá—San Salvador—San José, C.R.
San Juan, P.R.—Santo Domingo—Tegucigalpa

Jesús y la tormenta

Jesús estaba parado en una barca
—una barca de pescadores con remos y velas—
y le hablaba a mucha gente
que había venido a escucharlo.
Todo el día Jesús contó historias.
Al atardecer, Jesús les dijo a sus ayudantes:
—Crucemos al otro lado del lago
para descansar.





Los ayudantes de Jesús desataron la barca.
La alejaron de la orilla y levantaron la vela.
Uno de ellos se sentó atrás en la barca
y la comenzó a guiar con el timón.
La barca empezó a moverse lentamente
y luego más rápido
por las aguas azules y tranquilas.



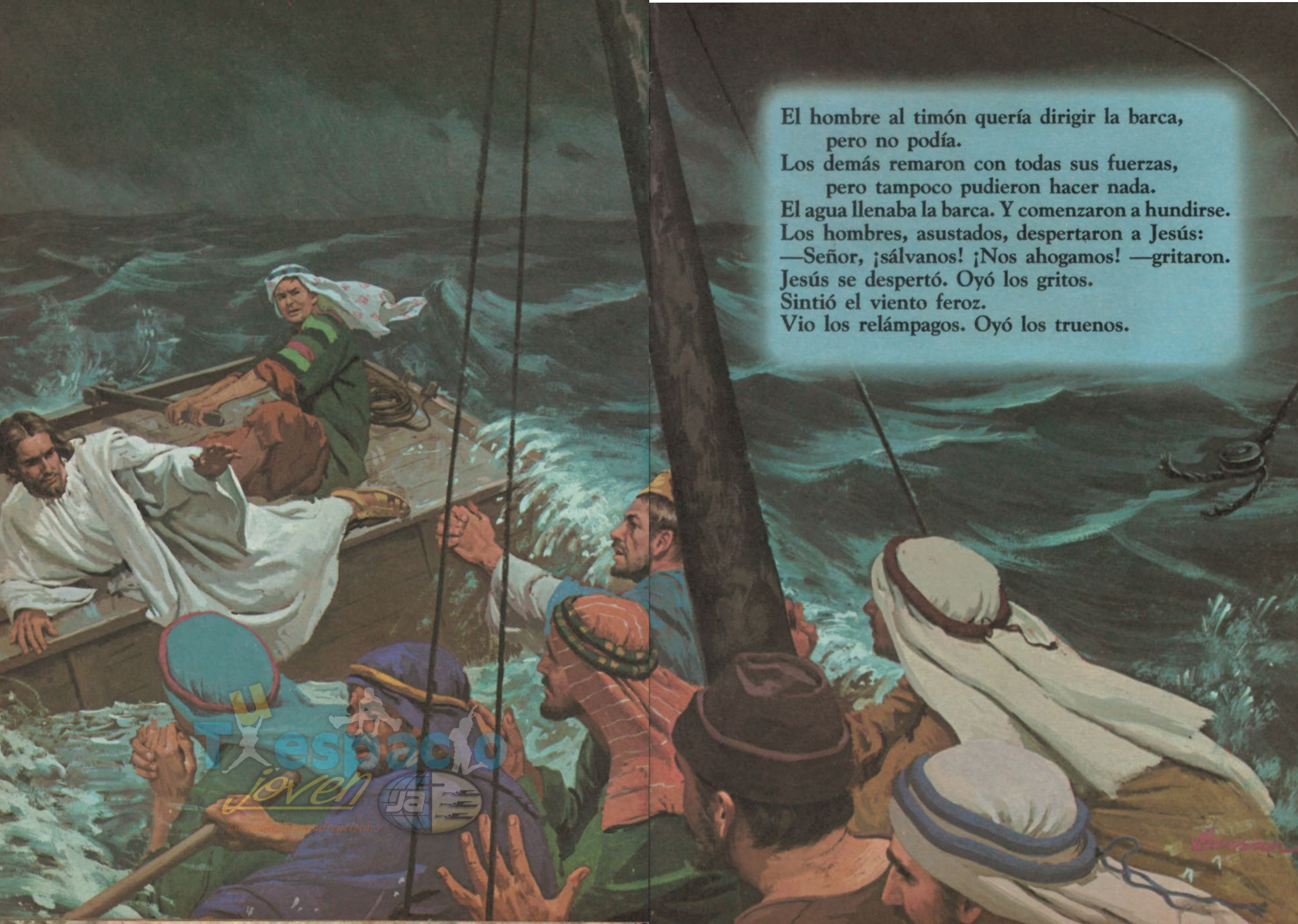
Tu
T espacio
joven
La radio joven adventista...



La luna, blanca y redonda, brillaba sobre el lago.
Las estrellas titilaban allá lejos, muy altas.
Jesús, muy cansado, se recostó
y pronto se quedó profundamente dormido.
El hombre al timón guiaba la barca con cuidado.
La barca seguía su viaje apacible,
flotando, flotando sobre las aguas.



De pronto, empezó a soplar un fuerte viento.
Una nube negra cubrió la luna.
Grandes nubarrones escondieron las estrellas.
El viento levantó enormes olas furiosas.
Las olas sacudían la pobre barca de acá para allá,
hacia arriba y hacia abajo.
¡Cómo relampagueaba! ¡Y cómo tronaba!



El hombre al timón quería dirigir la barca,
pero no podía.

Los demás remaron con todas sus fuerzas,
pero tampoco pudieron hacer nada.

El agua llenaba la barca. Y comenzaron a hundirse.

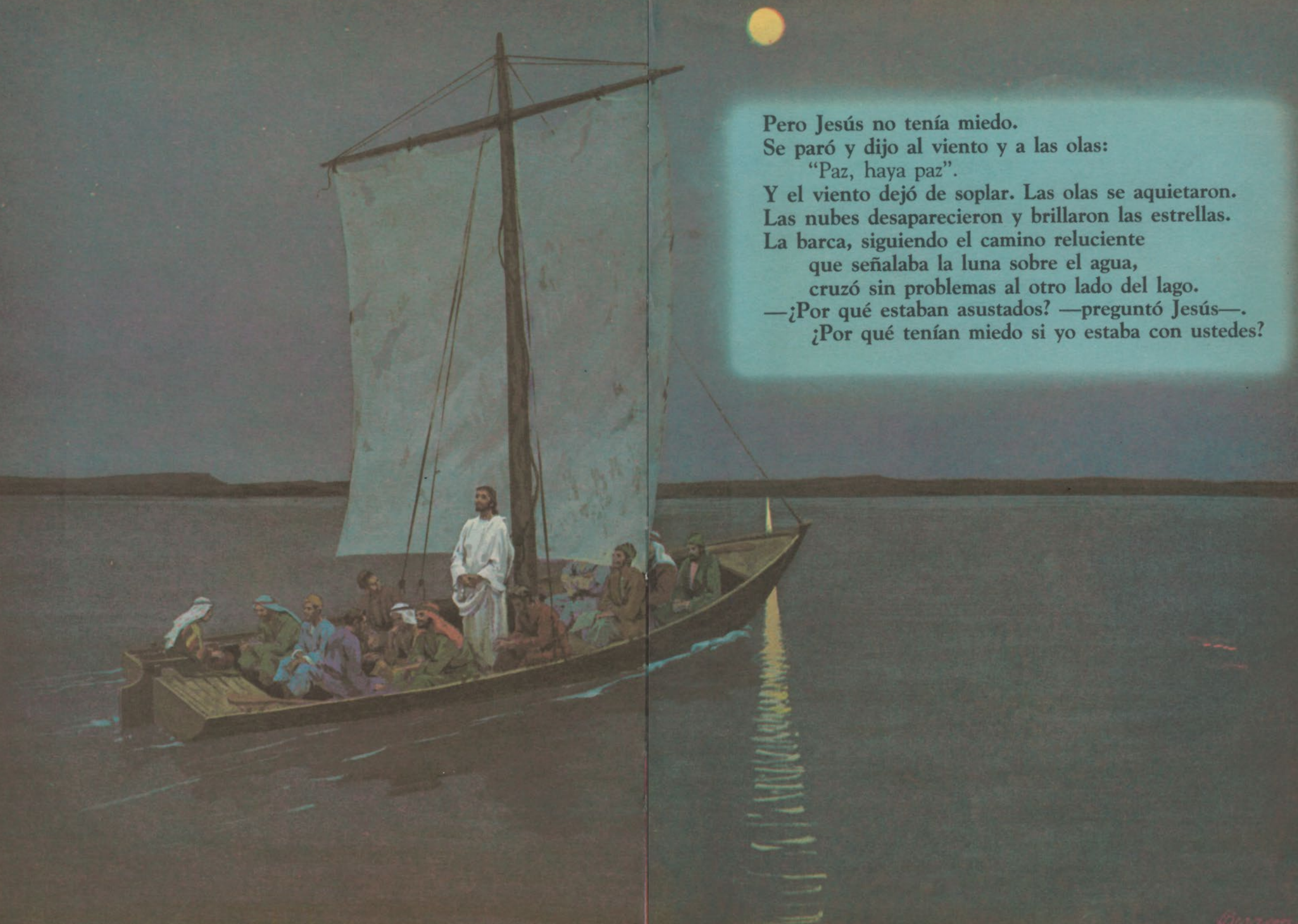
Los hombres, asustados, despertaron a Jesús:

—Señor, ¡sálvanos! ¡Nos ahogamos! —gritaron.

Jesús se despertó. Oyó los gritos.

Sintió el viento feroz.

Vio los relámpagos. Oyó los truenos.



Pero Jesús no tenía miedo.

Se paró y dijo al viento y a las olas:

“Paz, haya paz”.

Y el viento dejó de soplar. Las olas se aquietaron.

Las nubes desaparecieron y brillaron las estrellas.

La barca, siguiendo el camino reluciente

que señalaba la luna sobre el agua,

cruzó sin problemas al otro lado del lago.

—¿Por qué estaban asustados? —preguntó Jesús—.

¿Por qué tenían miedo si yo estaba con ustedes?



Hoy Jesús dice a los niños y a las niñas:
“No tengan miedo cuando relampaguea,
ni cuando truenan,
ni cuando sopla un gran viento.
Yo estoy con ustedes siempre,
en la oscuridad y en la tormenta.
Nunca los dejaré. No tengan temor”.



Jesús y los niños

Marcos y Sara, la mamá y la pequeña Ester,
esperaban para ver a Jesús.
Otros niños con sus mamás lo esperaban también.
Pero los ayudantes de Jesús
les ponían mala cara.
—¿No ven que Jesús está ocupado? —decían—.
El no tiene tiempo para los niños.



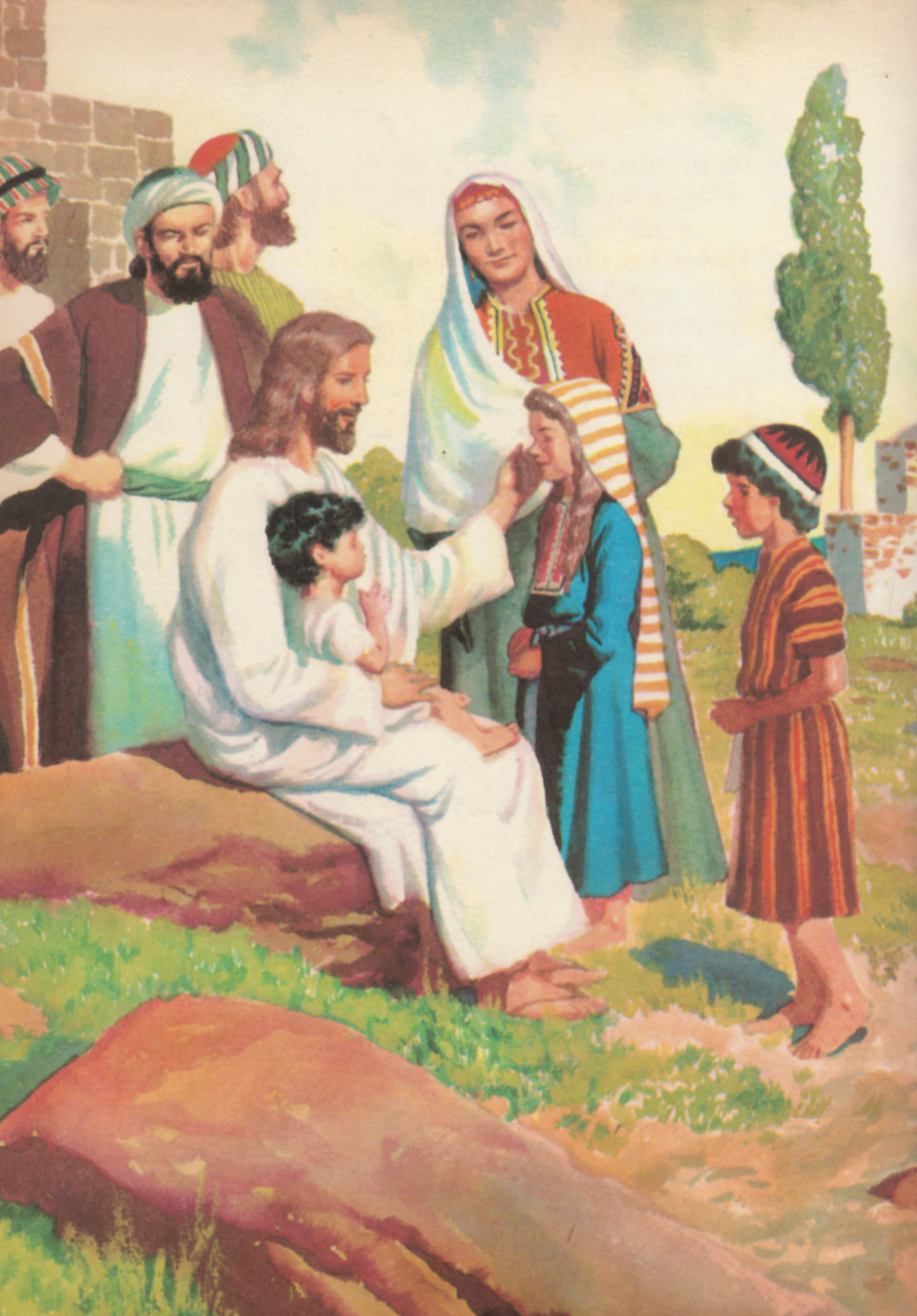
Marcos y Sara, la mamá y la pequeña Ester
comenzaron a alejarse, lentamente.
Marcos, con la cabeza inclinada,
miraba cómo el polvo del camino
se le metía entre los dedos de los pies.
Sara volvió la cara para mirar a Jesús.
Una lágrima rodaba por su mejilla.



Tu espacio
joven
La radio joven argentina



M. de V. Lee



De pronto, oyeron que Jesús decía a sus ayudantes:
—Dejen que los niños vengan a mí,
y no se lo impidan.

Todos los niños corrieron hacia Jesús.
Jesús sentó a la pequeña Ester en su falda.
Sonrió a Sara y le tocó la mejilla
por la que había rodado aquella lágrima.
Puso la mano sobre la cabecita de Marcos.
Los niños se turnaban para estar cerca de Jesús
mientras El les contaba historias.





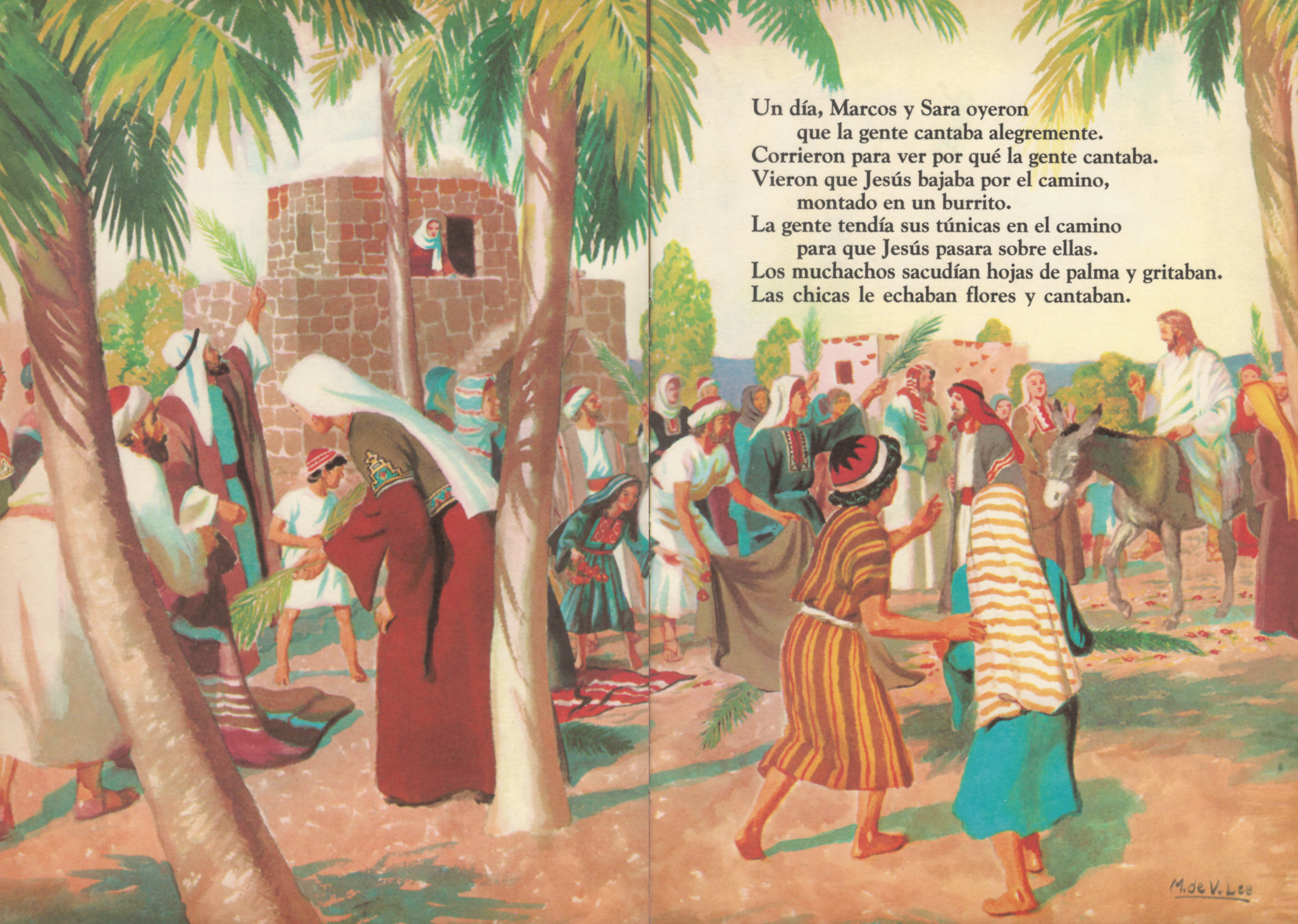
En camino a la casa, Marcos silbaba una alegre melodía.
Sara se adelantó a los demás saltando, y luego los esperó,
le tomó la mano a la mamá, y dijo:
—Ojalá pudiéramos ver a Jesús todos los días.
—Tal vez —contestó la mamá—,
tal vez pronto Jesús vuelva al templo.



tu espacio
joven
La radio joven adreñikto...
JA

M de V. Lee

Un día, Marcos y Sara oyeron
que la gente cantaba alegremente.
Corrieron para ver por qué la gente cantaba.
Vieron que Jesús bajaba por el camino,
montado en un burrito.
La gente tendía sus túnicas en el camino
para que Jesús pasara sobre ellas.
Los muchachos sacudían hojas de palma y gritaban.
Las chicas le echaban flores y cantaban.



—¿Nos dejas ir con Jesús? —preguntó Marcos.

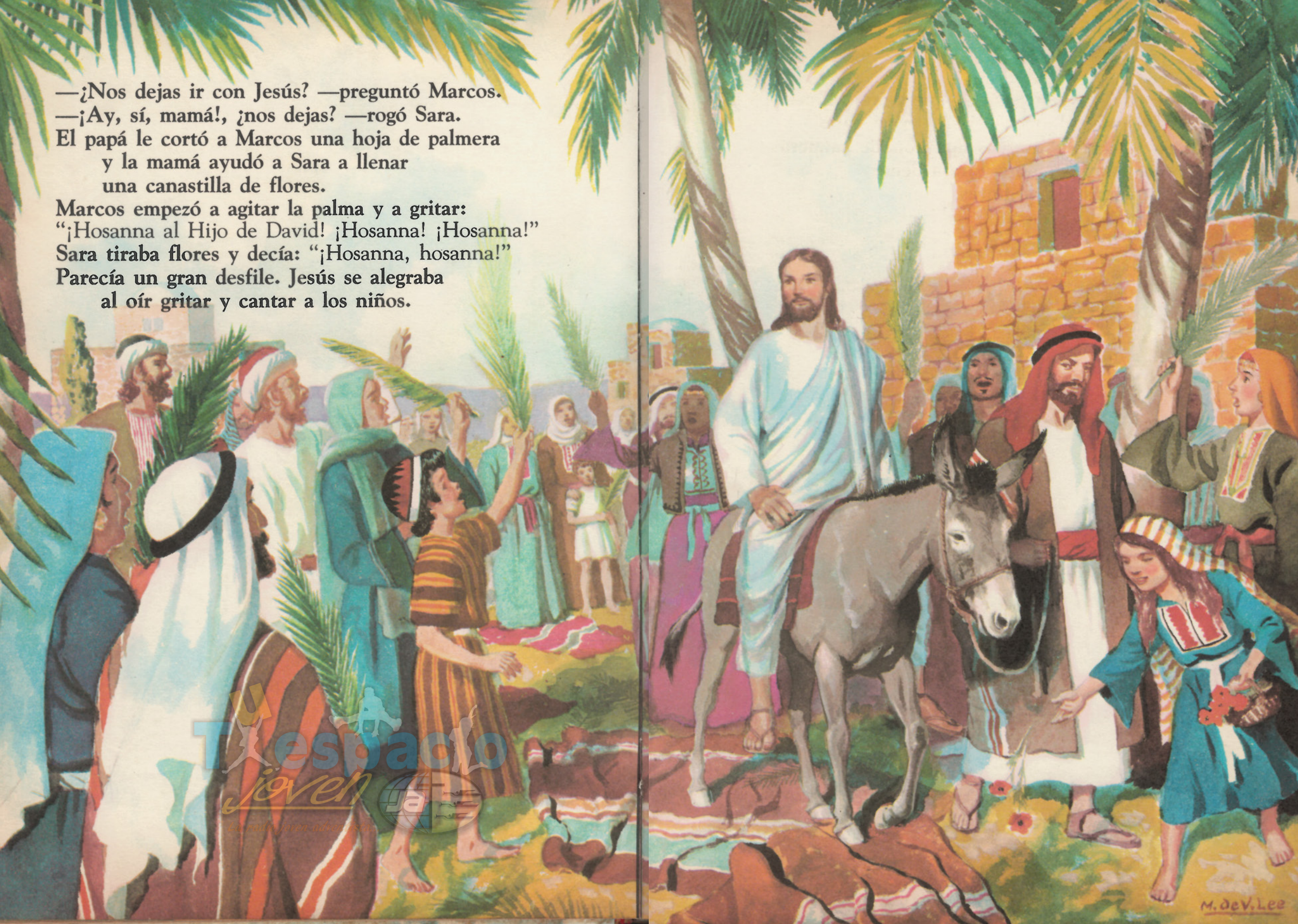
—¡Ay, sí, mamá!, ¿nos dejas? —rogó Sara.

El papá le cortó a Marcos una hoja de palmera
y la mamá ayudó a Sara a llenar
una canastilla de flores.

Marcos empezó a agitar la palma y a gritar:
“¡Hosanna al Hijo de David! ¡Hosanna! ¡Hosanna!”

Sara tiraba flores y decía: “¡Hosanna, hosanna!”

Parecía un gran desfile. Jesús se alegraba
al oír gritar y cantar a los niños.

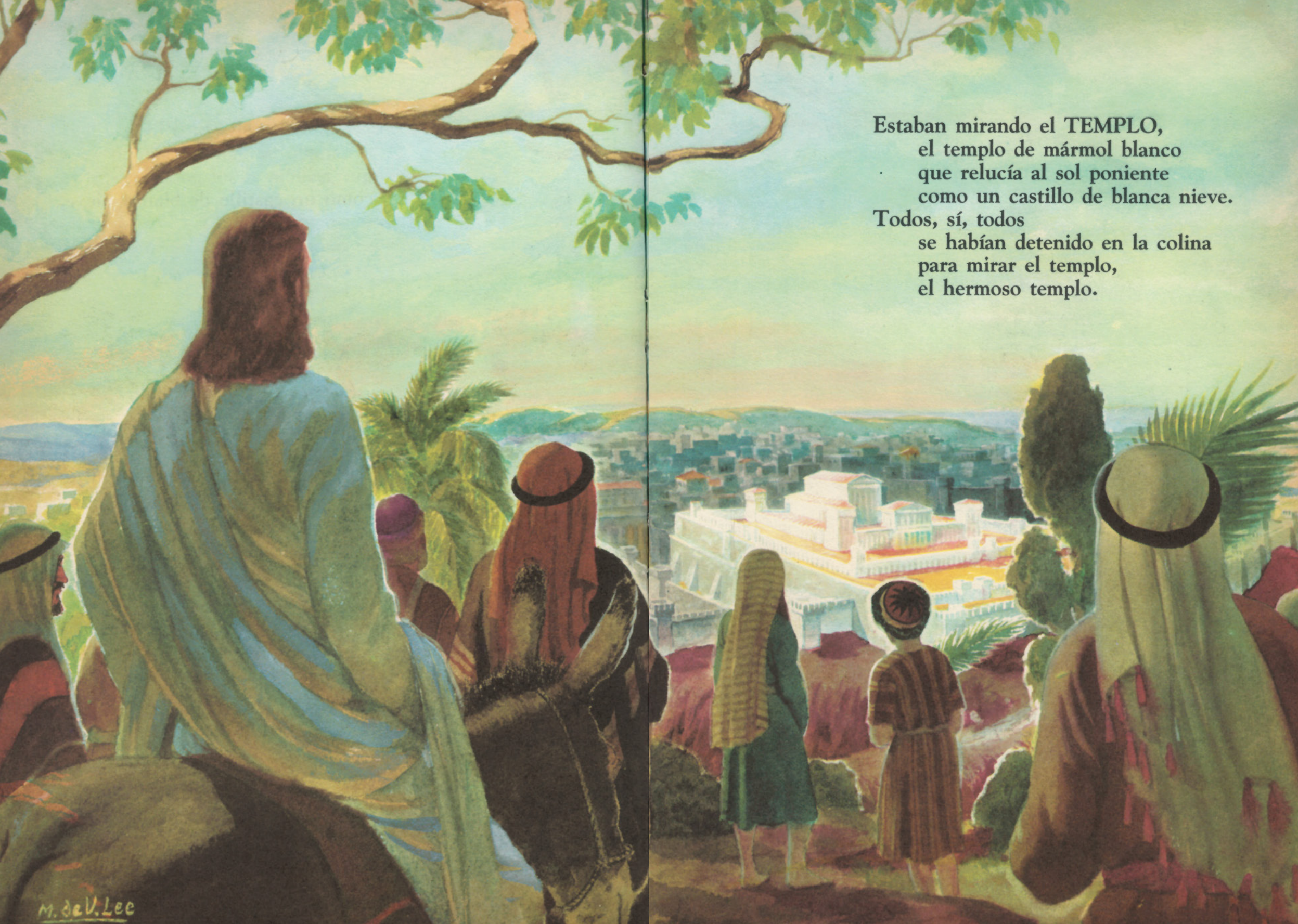


La procesión llegó a la cumbre de una colina.
Jesús detuvo el burrito
y miró hacia abajo, al valle.
Los muchachos
dejaron de sacudir las palmas y miraron.
Y las niñas
dejaron de esparcir las flores y miraron.
Todos se detuvieron a mirar.
¿Qué miraban allá abajo, en el valle?



Un arroyuelo se veía desde la colina,
un arroyuelo saltarín y juguetón;
pero ellos no miraban el arroyuelo.
Había una ciudad rodeada
por un gran muro de piedra;
pero ellos no miraban
la ciudad con el gran muro.





Estaban mirando el TEMPLO,
el templo de mármol blanco
que relucía al sol poniente
como un castillo de blanca nieve.
Todos, sí, todos
se habían detenido en la colina
para mirar el templo,
el hermoso templo.



Al día siguiente Marcos y Sara y muchos otros niños
acompañaron a Jesús y a sus amigos al templo.
Pero cuando llegaron allí
oyeron algo que no parecía venir de un templo.
No se oía allí el cantar de himnos
ni el rumor de oraciones.
No había el silencio y la calma que hay en las iglesias,
cuando la gente anda de puntillas.
Todo lo contrario: ¡había un barullo espantoso!



Los comerciantes habían traído al templo ganado y ovejas y palomas para vender para las ofrendas.

Gritaban: “¡Compren ganado para sus ofrendas!”

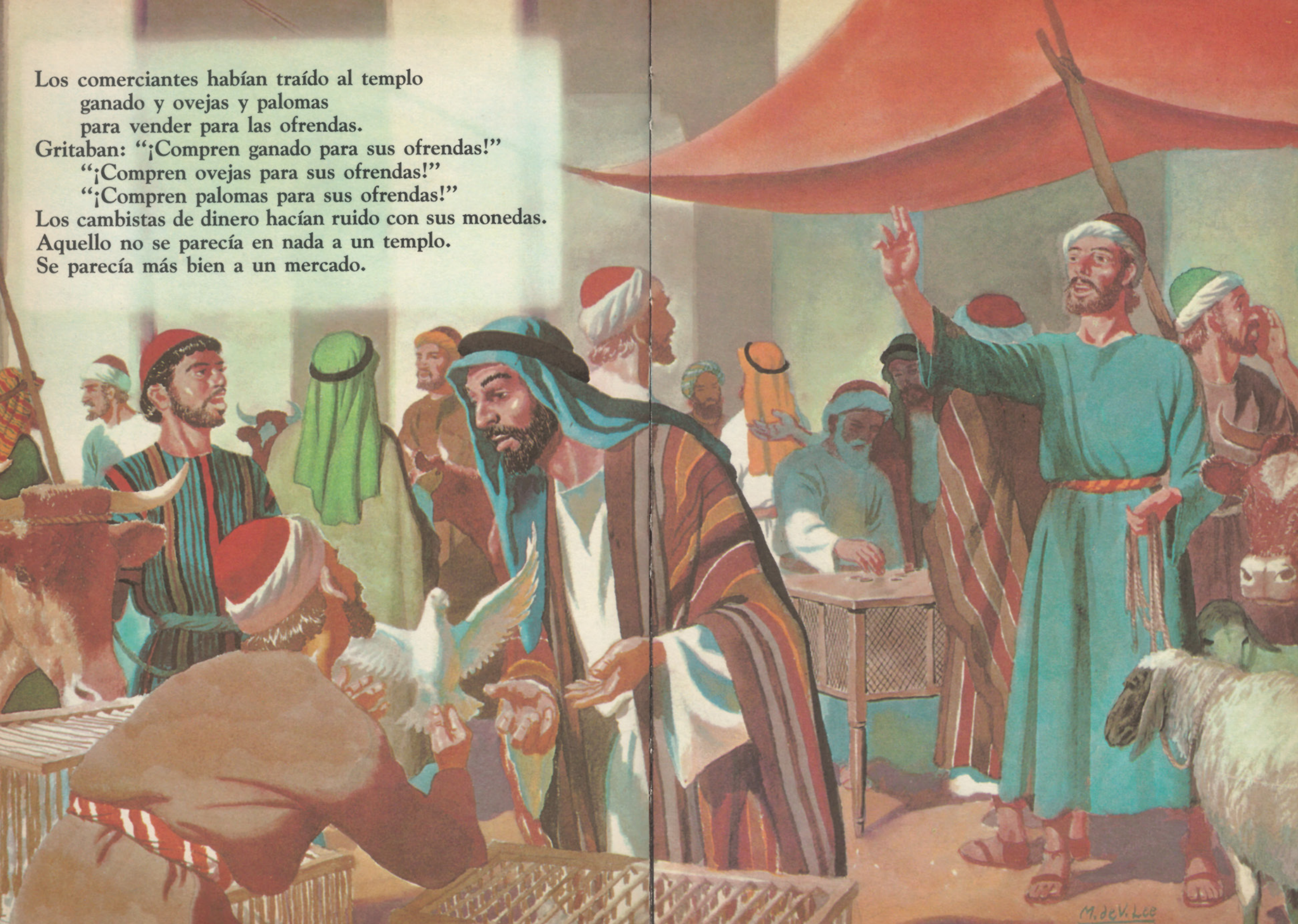
“¡Compren ovejas para sus ofrendas!”

“¡Compren palomas para sus ofrendas!”

Los cambistas de dinero hacían ruido con sus monedas.

Aquello no se parecía en nada a un templo.

Se parecía más bien a un mercado.



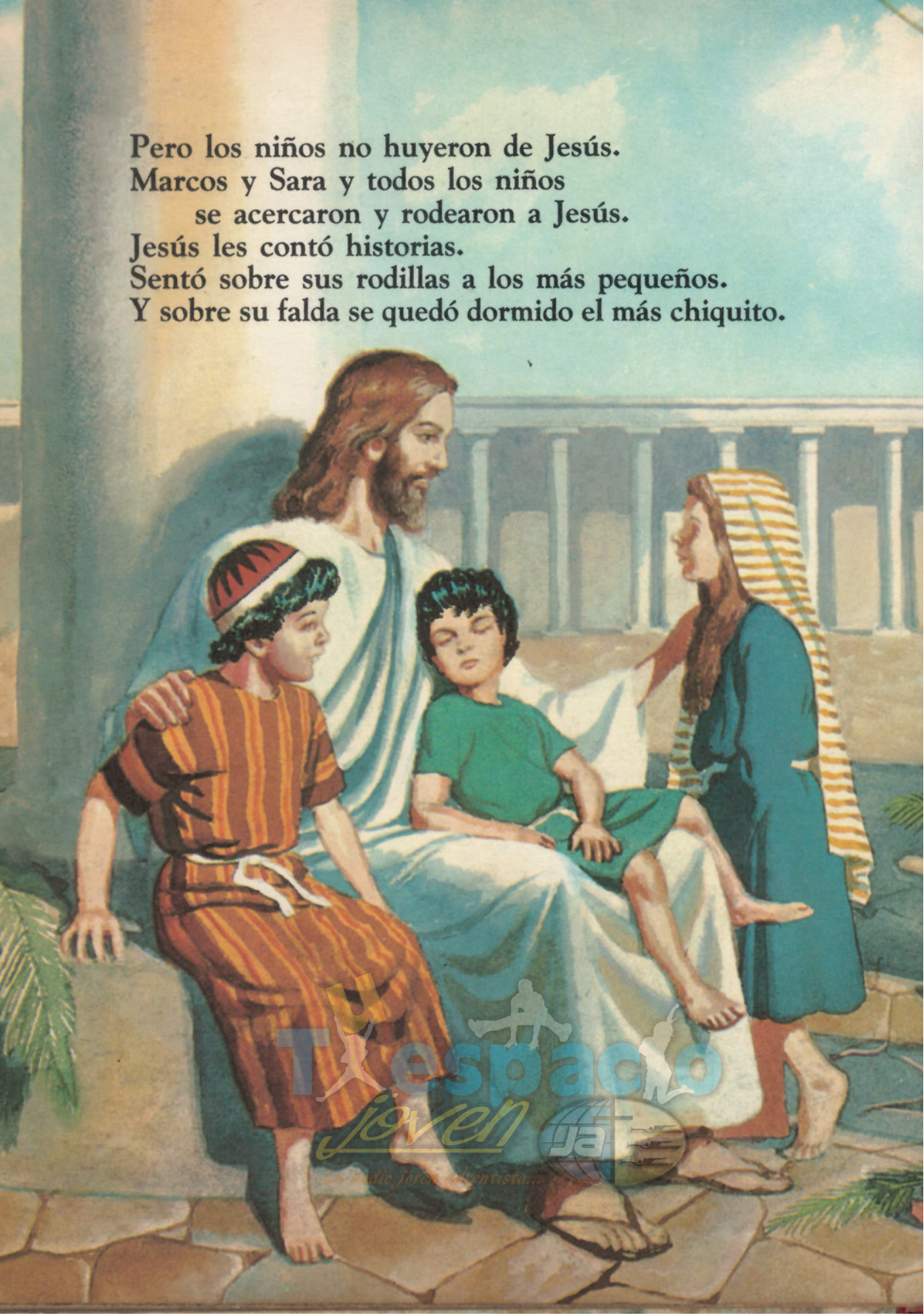
Jesús se paró en la entrada.
Los vendedores de ganado lo miraron.
Los vendedores de ovejas lo miraron.
Los vendedores de palomas lo miraron.
Todos dejaron de gritar y de vender.
El tintineo del dinero se detuvo.
Todos se quedaron mirando a Jesús,
para ver qué haría.
Jesús levantó el brazo y dijo:
—¡LLEVENSE TODO ESTO DE AQUI!





¡Qué confusión y cuántas carreras!
Los vendedores empujaron el ganado para afuera.
También arrearon las ovejas.
Tomaron las jaulas de las palomas y corrieron.
Los cambistas no se detuvieron
para recoger su dinero.
Todos esos hombres huyeron de Jesús.

Pero los niños no huyeron de Jesús.
Marcos y Sara y todos los niños
se acercaron y rodearon a Jesús.
Jesús les contó historias.
Sentó sobre sus rodillas a los más pequeños.
Y sobre su falda se quedó dormido el más chiquito.



Entonces los enfermos vinieron a Jesús.
Un niño con una pierna lastimada,
se acercó cojeando, apoyado en unas muletas.
Jesús puso su mano sobre la pierna y la sanó.
El niño dejó a un lado las muletas.
Podía caminar. ¡Y correr! ¡Y saltar!





Un padre y una madre trajeron
a su hijita enferma a Jesús,
tan enfermita, que la trajeron en una hamaca.
Jesús tomó aquella mano flaquita y le dijo:
—Sánate, hijita.
La niña se sentó y sonrió. Ya estaba sana.



Tu espacio
joven
La radio joven adventista

M. de V. Lee

Un muchacho llevó un ciego a Jesús.
Sus ojos estaban completamente cerrados.
Nunca había visto un árbol ni una casa, ni nada.
Jesús hizo que sus ojos pudieran ver.
Y lo primero que vio el ciego al abrir los ojos
fue el bondadoso rostro de Jesús.





Tan contentos estaban los niños
de ver sanos a los enfermos,
que otra vez agitaron las hojas de palma
y cantaron hosannas.

Los hombres que habían huido, regresaron.
Miraron por las puertas del templo
y oyeron cantar a los niños. Dijeron a Jesús:

—Haz que se callen.

Pero a Jesús le gustaba que los niños cantaran
y no quería que se callaran.

Tu espacio
joven

La radio de los estudiantes

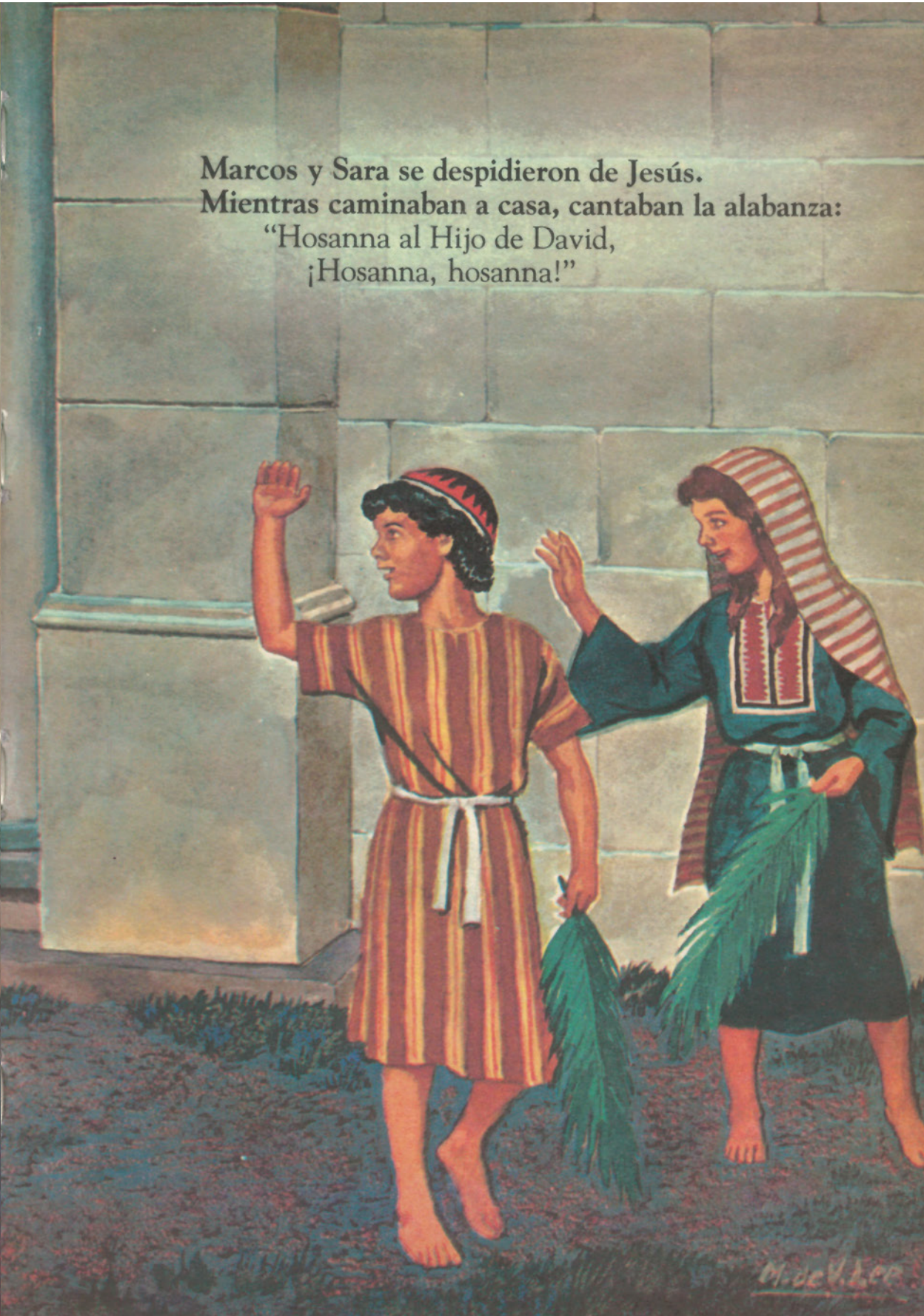


Llegó la hora de cerrar las puertas del templo.
Mañana volverían los niños
para escuchar más historias de Jesús.
Jesús quería que volvieran, pues había dicho:
“Dejen que los niños vengan a mí,
y no se lo impidan”.





Marcos y Sara se despidieron de Jesús.
Mientras caminaban a casa, cantaban la alabanza:
“Hosanna al Hijo de David,
¡Hosanna, hosanna!”



Tu espacio
joven
La radio juvenil de tu ciudad





Samuel, el pequeño sacerdote

Había una vez un niño que se llamaba Samuel,
que fue llevado al templo
para vivir con el sacerdote Elí.
El sacerdote Elí, tomando a Samuel de la mano
lo llevó por el atrio del templo.
Samuel vio cómo ardía el fuego en el altar.
Vio la brillante fuente de bronce y el cerco de tela.
Escuchó las trompetas y la gente que oraba.
Las campanillas en la túnica del sacerdote Elí
hacían tilín-tilín, tilín-tilín, al caminar.



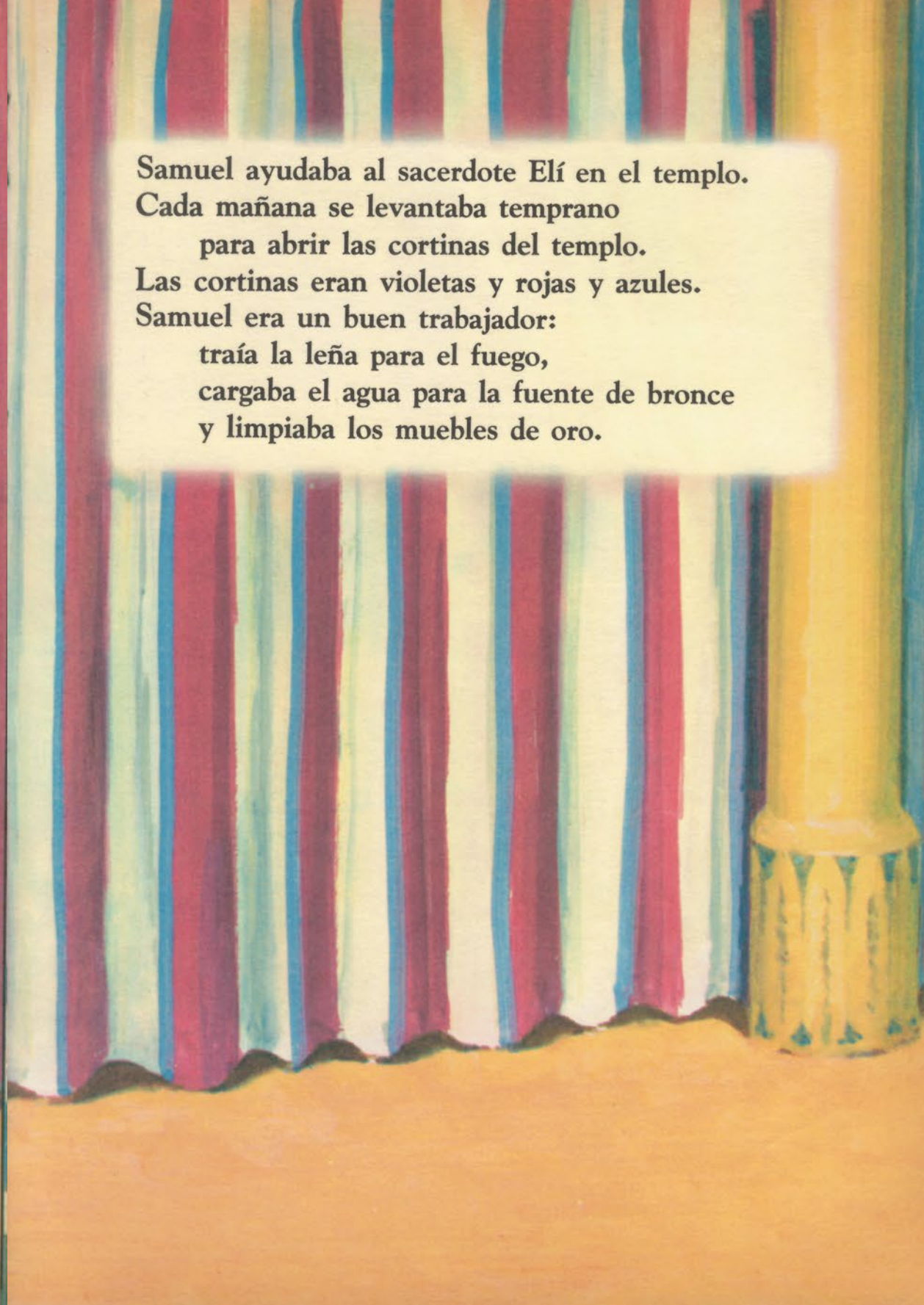


El sacerdote Elí y Samuel se detuvieron en la puerta. Todo lo que había en el templo era de oro. Había una mesa de oro, un altar de oro y un candelabro de oro con siete lámparas de oro. Samuel miró atentamente cuando el sacerdote Elí entró al templo para quemar el incienso dulce y fragante sobre el altar de oro, y para orar a Dios. Samuel deseaba que algún día Dios lo escogiera a él para ser sacerdote, un sacerdote como Elí. Entonces él trabajaría para Dios en el templo.





Samuel ayudaba al sacerdote Elí en el templo.
Cada mañana se levantaba temprano
para abrir las cortinas del templo.
Las cortinas eran violetas y rojas y azules.
Samuel era un buen trabajador:
traía la leña para el fuego,
cargaba el agua para la fuente de bronce
y limpiaba los muebles de oro.

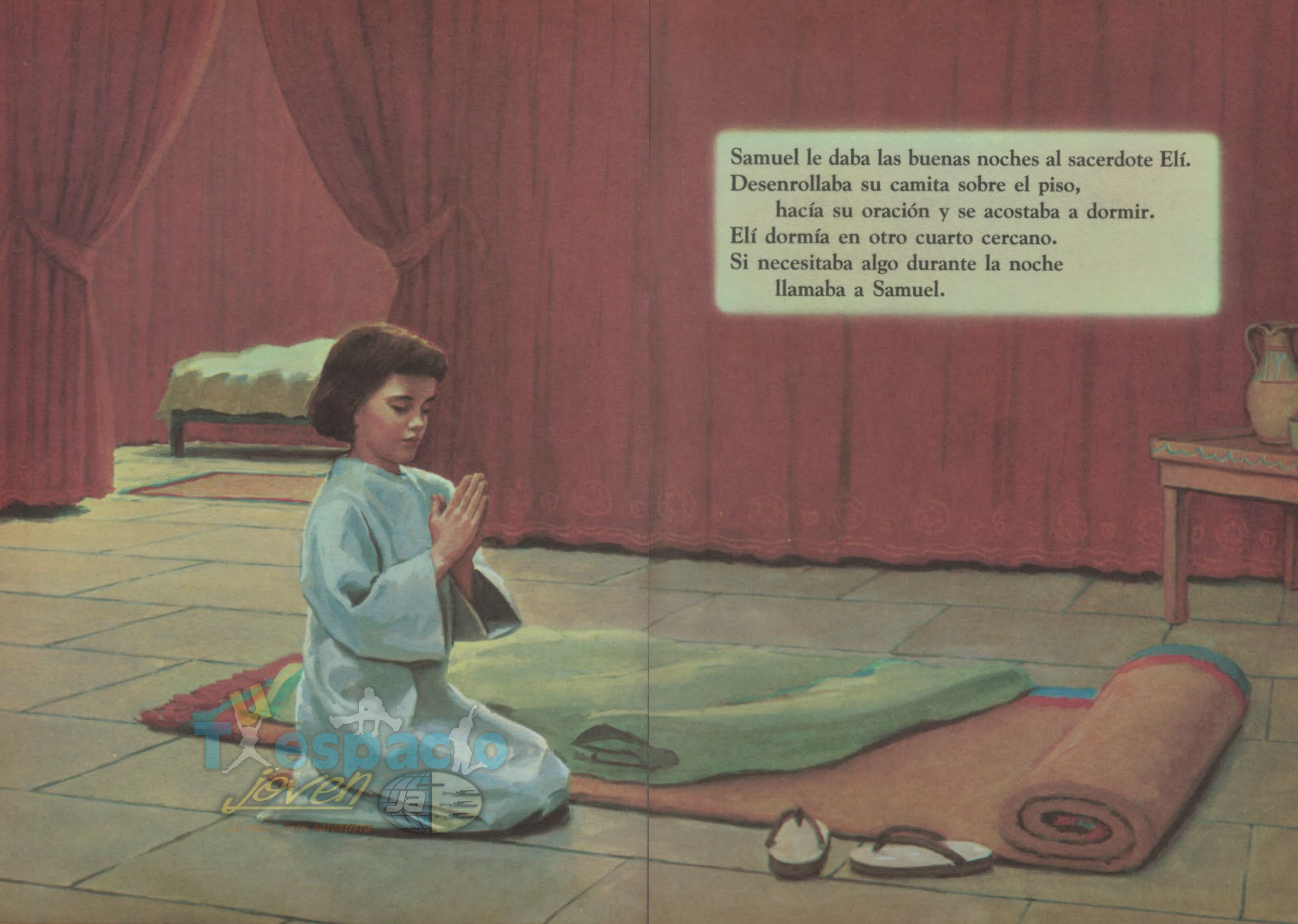


Samuel ayudaba al sacerdote Elí
a llenar con aceite las siete lámparas de oro.
Las lámparas debían permanecer encendidas
todo el día
y toda la noche.
El aceite hacía que las lámparas dieran una luz amarilla.
Cuando empezaba a oscurecer,
Samuel cerraba las puertas del templo.
Se acercaba su hora favorita,
la hora de las historias.





Samuel traía su libro favorito
y se sentaba en un banquito junto al sacerdote Elí.
El libro de Samuel no tenía páginas,
pues era un pedazo de papel largo,
larguísimo, que se enrollaba.
El sacerdote Elí desenrollaba el libro
y le leía historias de Dios, de José y de Moisés.
Las historias se terminaban demasiado pronto
y llegaba la hora de acostarse a dormir.



Samuel le daba las buenas noches al sacerdote Elí.
Desenrollaba su camita sobre el piso,
hacía su oración y se acostaba a dormir.
Elí dormía en otro cuarto cercano.
Si necesitaba algo durante la noche
llamaba a Samuel.

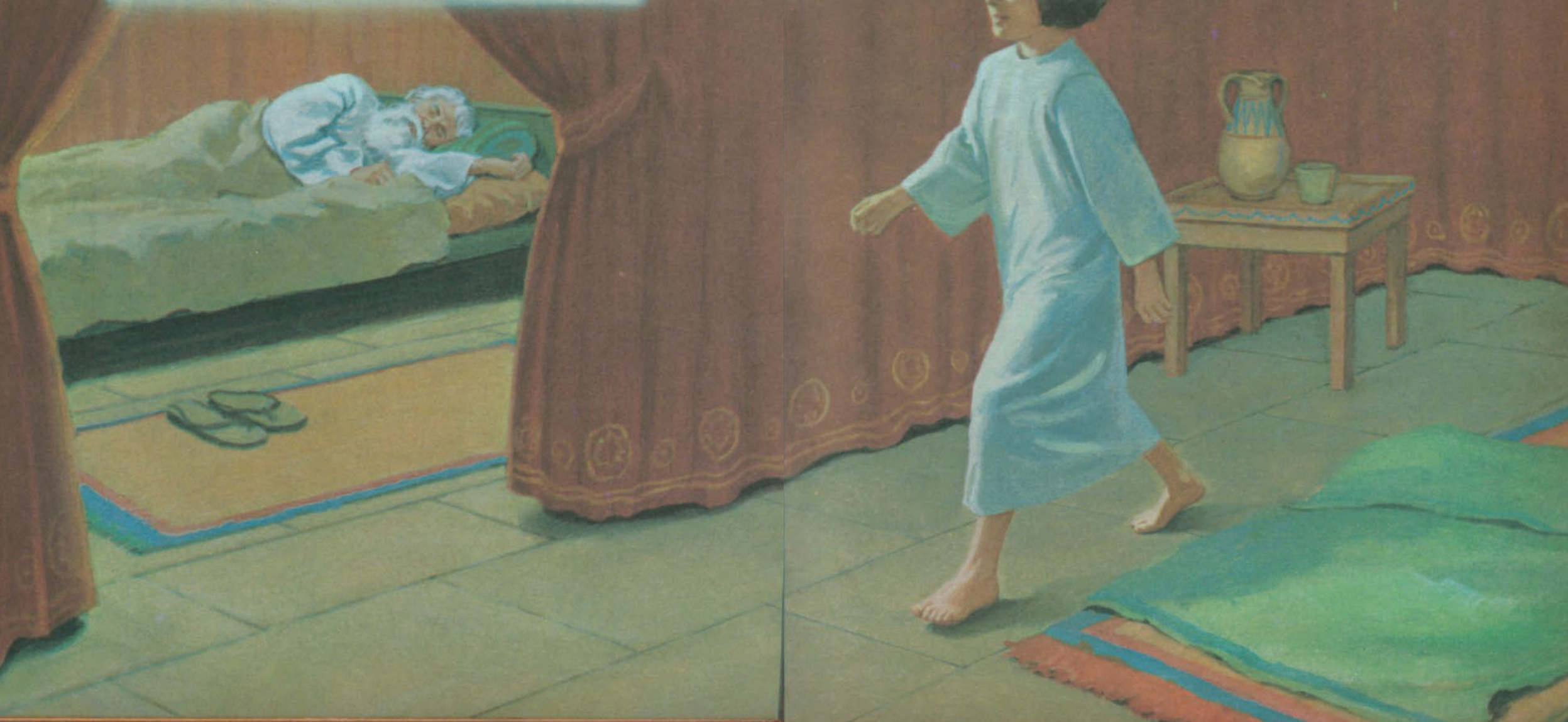
Una noche, mientras dormía,
oyó una voz que lo llamaba:
“¡S-a-m-u-e-l!”

De un salto, Samuel se puso de pie.
Corrió al cuarto del sacerdote Elí.

—Aquí estoy. ¿Me llamaba usted?

—No, no te he llamado, hijo. Acuéstate

—contestó Elí. Samuel volvió a acostarse.



Antes de dormirse, oyó la voz otra vez:
“¡S-a-m-u-e-l!”

Samuel se levantó de un salto y volvió
al cuarto del sacerdote.

—Aquí me tiene, usted me ha llamado.

—No te he llamado, hijo mío. Ve y acuéstate.

Samuel volvió lentamente a su camita.

Estaba seguro de que alguien lo había llamado.

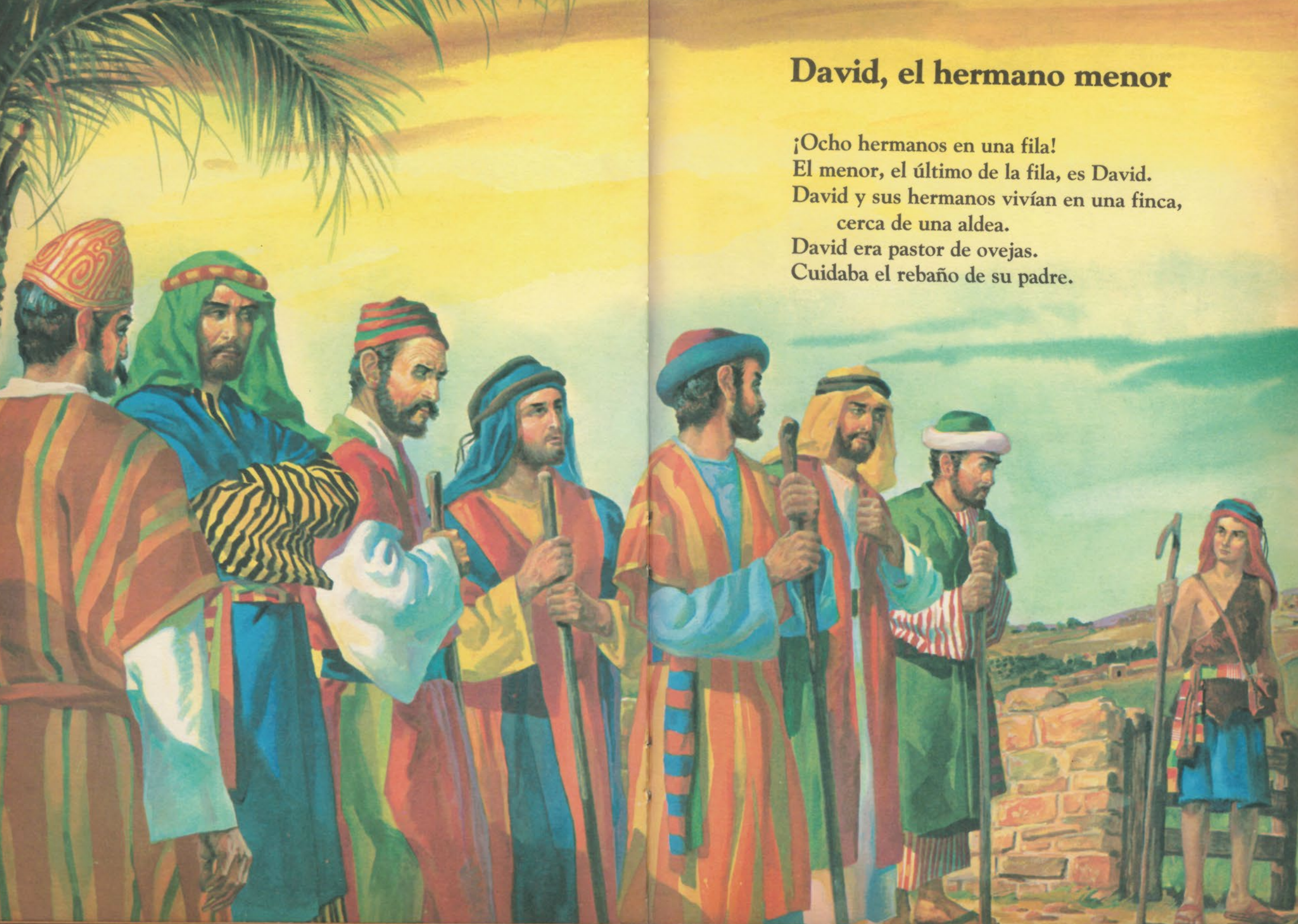


Apenas recostó la cabeza sobre la almohada,
Samuel oyó la voz de nuevo: “¡S-a-m-u-e-l!”
Samuel dio un salto y corrió hacia Elí.
—Aquí me tiene. Ya sé que usted me ha llamado.
Elí, dándose cuenta de que debía ser Dios
quien llamaba a Samuel, le dijo:
—Ve y acuéstate, y si te llama otra vez, di:
“Habla, Señor, que tu siervo escucha”.
Una vez más Samuel se acostó en la camita.



Samuel no podía dormir. ¡Escuchaba. . . escuchaba!
Entonces la voz llamó: “¡Samuel! ¡Samuel!”
Samuel se sentó en la camita y murmuró:
—Habla, que tu siervo escucha.
Y Dios oyó el susurro de Samuel.
Dios habló a Samuel y le dijo muchas cosas.
Le contó cómo lo había escogido a él para ser sacerdote.
¡Cuánto se alegró Samuel! Ya no sería
sencillamente el niño Samuel,
sino SAMUEL, EL PEQUEÑO SACERDOTE.





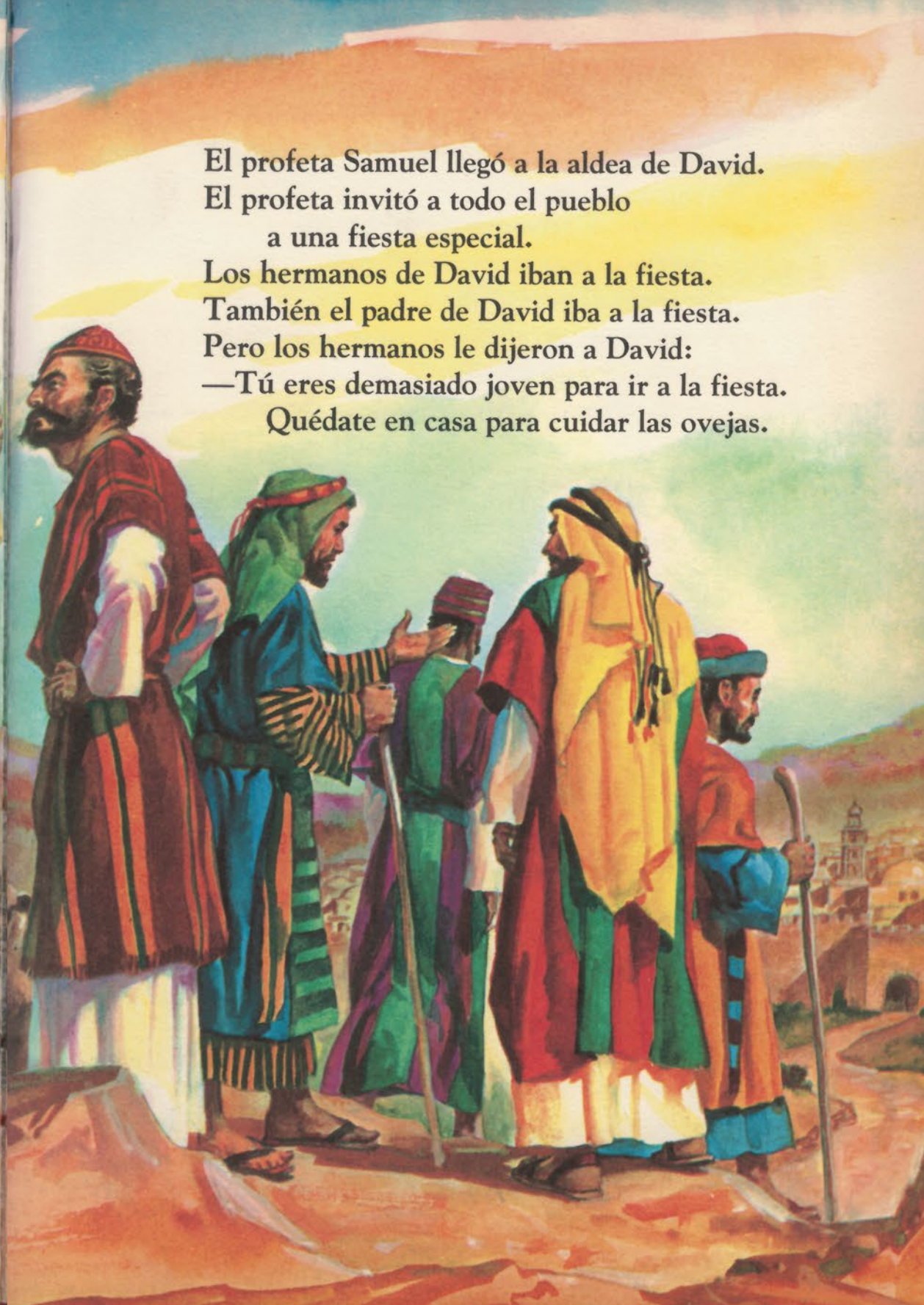
David, el hermano menor

¡Ocho hermanos en una fila!
El menor, el último de la fila, es David.
David y sus hermanos vivían en una finca,
cerca de una aldea.
David era pastor de ovejas.
Cuidaba el rebaño de su padre.



El profeta Samuel llegó a la aldea de David.
El profeta invitó a todo el pueblo
a una fiesta especial.

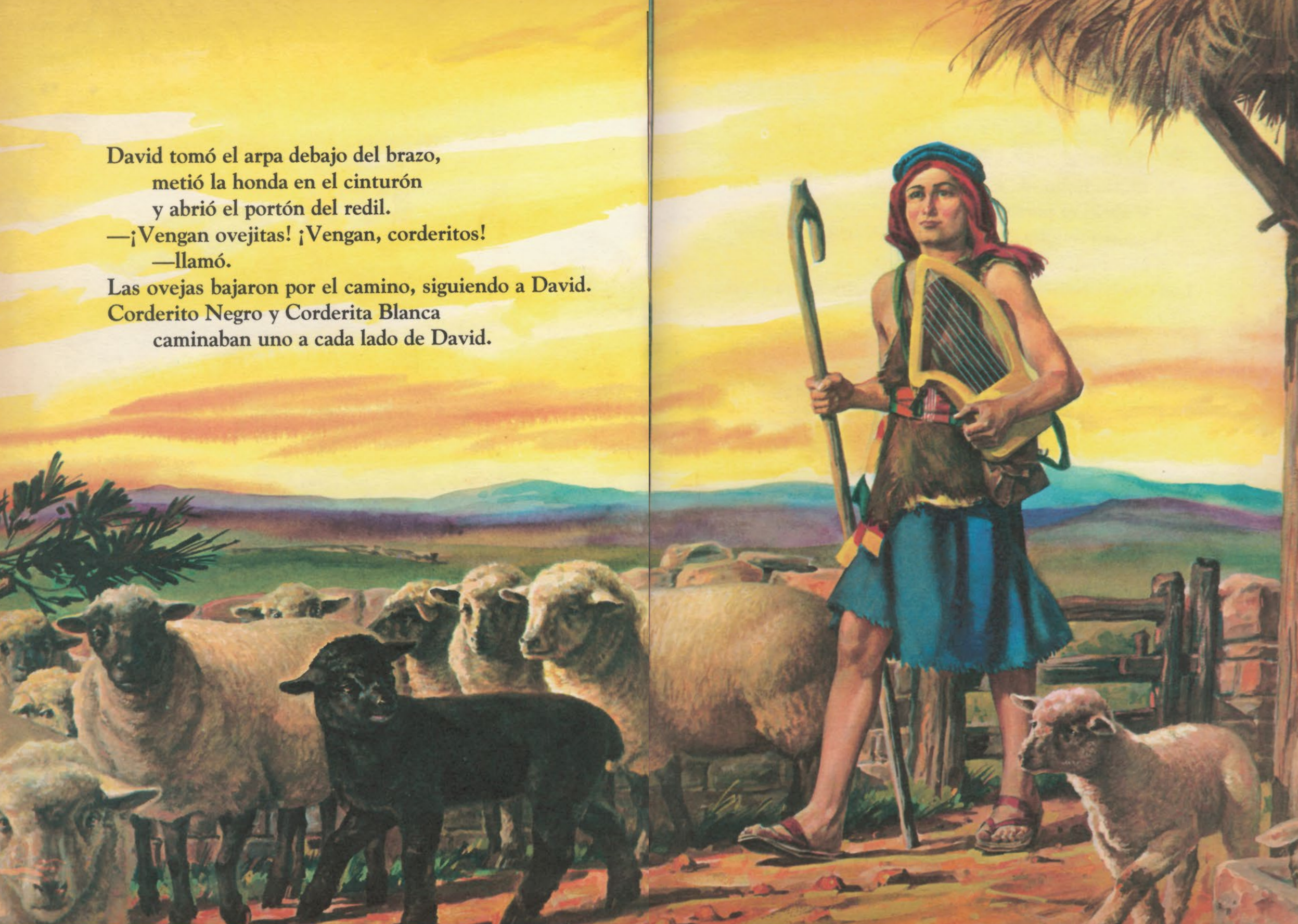
Los hermanos de David iban a la fiesta.
También el padre de David iba a la fiesta.
Pero los hermanos le dijeron a David:
—Tú eres demasiado joven para ir a la fiesta.
Quédate en casa para cuidar las ovejas.



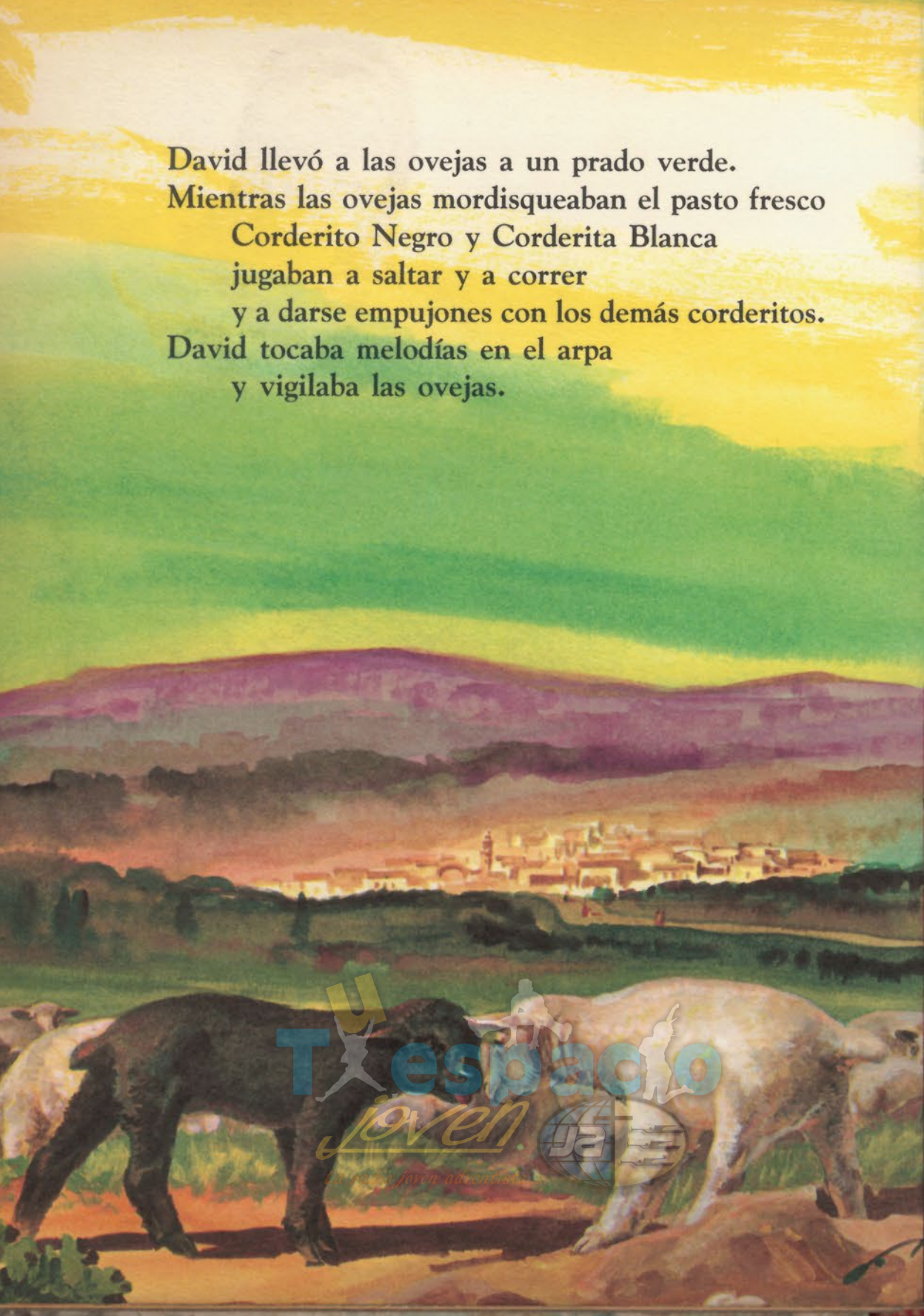
David tomó el arpa debajo del brazo,
metió la honda en el cinturón
y abrió el portón del redil.

—¡Vengan ovejitas! ¡Vengan, corderitos!
—llamó.

Las ovejas bajaron por el camino, siguiendo a David.
Corderito Negro y Corderita Blanca
caminaban uno a cada lado de David.

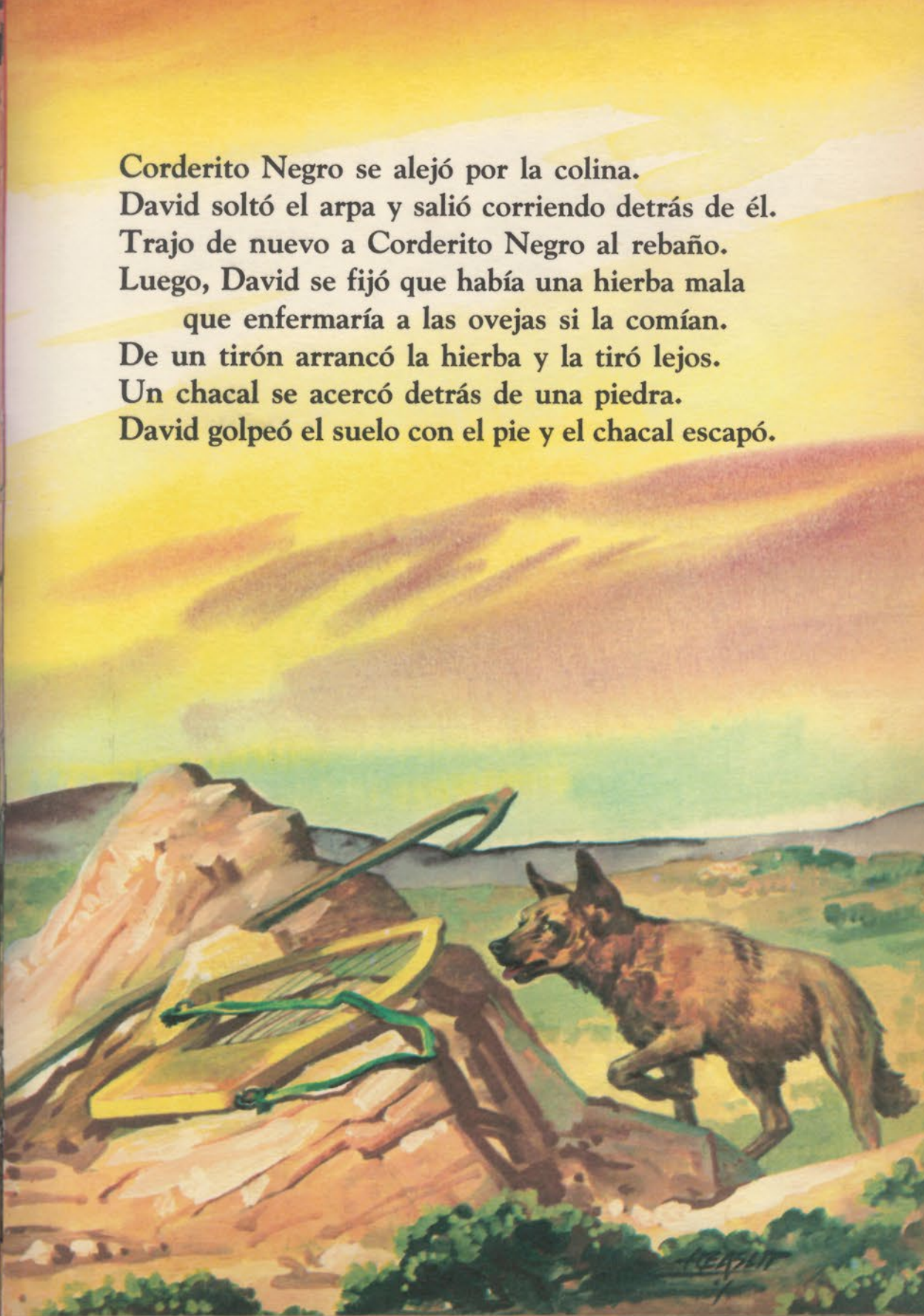


David llevó a las ovejas a un prado verde.
Mientras las ovejas mordisqueaban el pasto fresco
Corderito Negro y Corderita Blanca
jugaban a saltar y a correr
y a darse empujones con los demás corderitos.
David tocaba melodías en el arpa
y vigilaba las ovejas.





Corderito Negro se alejó por la colina.
David soltó el arpa y salió corriendo detrás de él.
Trajo de nuevo a Corderito Negro al rebaño.
Luego, David se fijó que había una hierba mala
que enfermaría a las ovejas si la comían.
De un tirón arrancó la hierba y la tiró lejos.
Un chacal se acercó detrás de una piedra.
David golpeó el suelo con el pie y el chacal escapó.





David sacó la honda del cinturón.
Era una honda larga, muy larga.
Su padre se la había hecho
de un cuero fuerte.
Puso una piedra lisa en la honda.
¿A qué objeto apuntaría? ¿A esa roca rojiza?
Intentaría acertarle.
Hizo girar la honda cada vez más rápido.
¡Zing-g-g-g! La piedrecita salió disparada.
¡Ping! La piedrecita dio en la roca rojiza.

David puso otra piedra en la honda.
Esta vez intentaría lanzar la piedra
dentro de un hueco que había en el árbol.
La honda empezó a girar, cada vez más rápido.
Zing-g-g-g salió la piedrecita
y derechita entró en el hueco oscuro
del árbol.

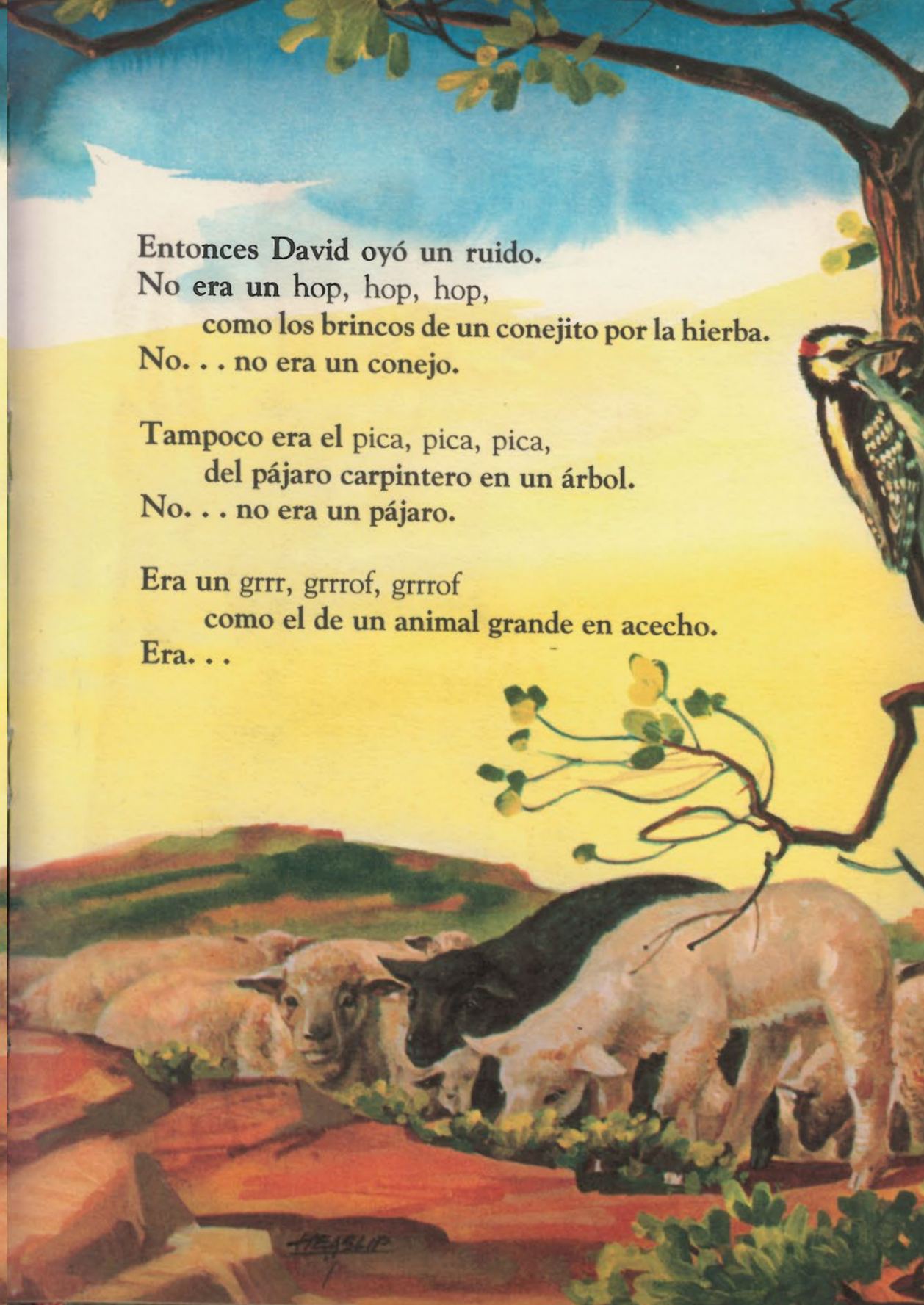




Entonces David oyó un ruido.
No era un hop, hop, hop,
como los brincos de un conejito por la hierba.
No. . . no era un conejo.

Tampoco era el pica, pica, pica,
del pájaro carpintero en un árbol.
No. . . no era un pájaro.

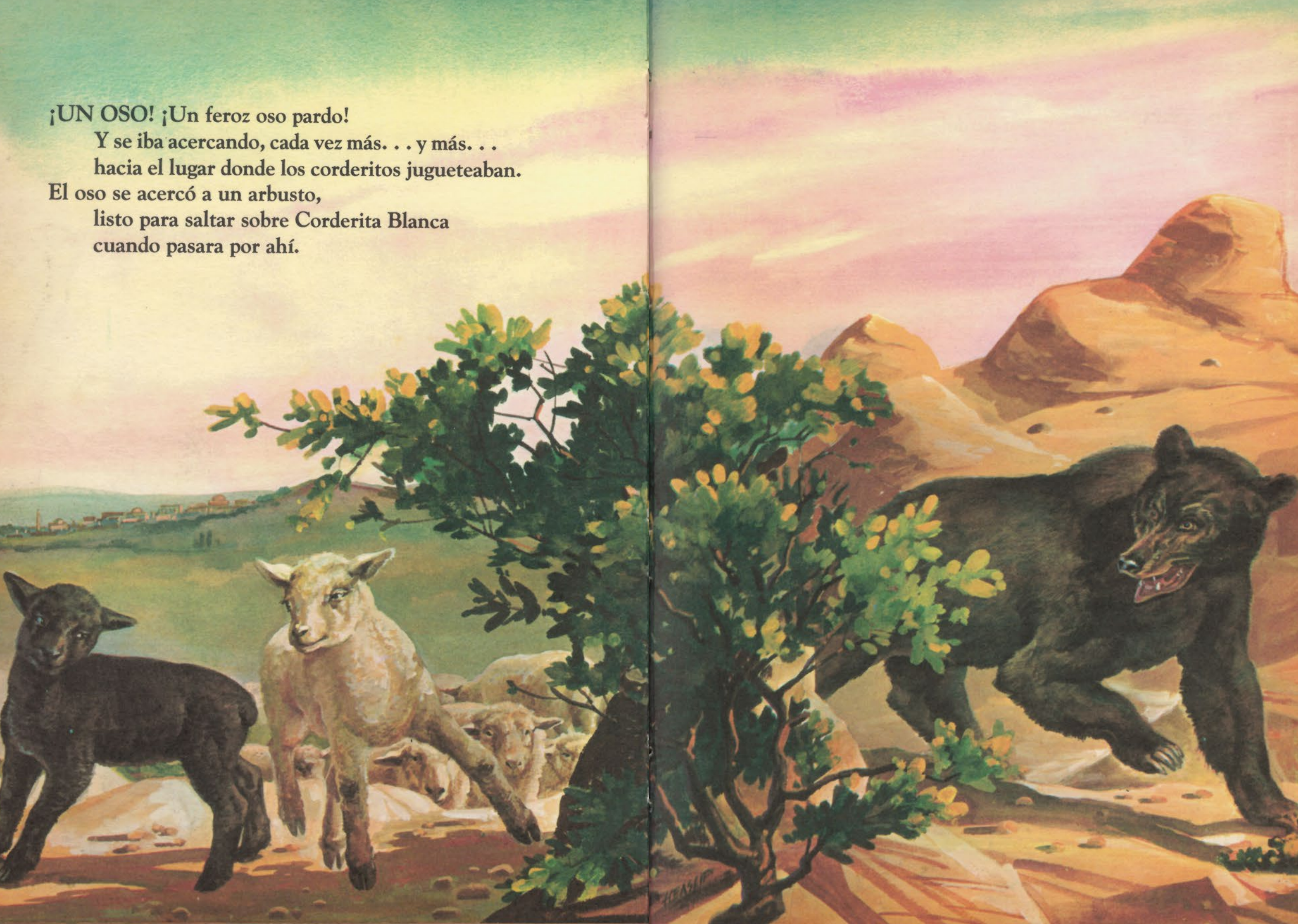
Era un grrr, grrrof, grrrof
como el de un animal grande en acecho.
Era. . .



¡UN OSO! ¡Un feroz oso pardo!

Y se iba acercando, cada vez más. . . y más. . .
hacia el lugar donde los corderitos juguetaban.

El oso se acercó a un arbusto,
listo para saltar sobre Corderita Blanca
cuando pasara por ahí.



Rápidamente, David puso una piedra en la honda.
Corrió derechito hacia el oso,
haciendo girar la honda.
¡Zing-g-g-g! La piedra dio en el blanco
y el terrible oso cayó muerto.



David recogió a la asustada Corderita Blanca
y la llevó en sus brazos.

Corderito Negro lo seguía muy de cerca.

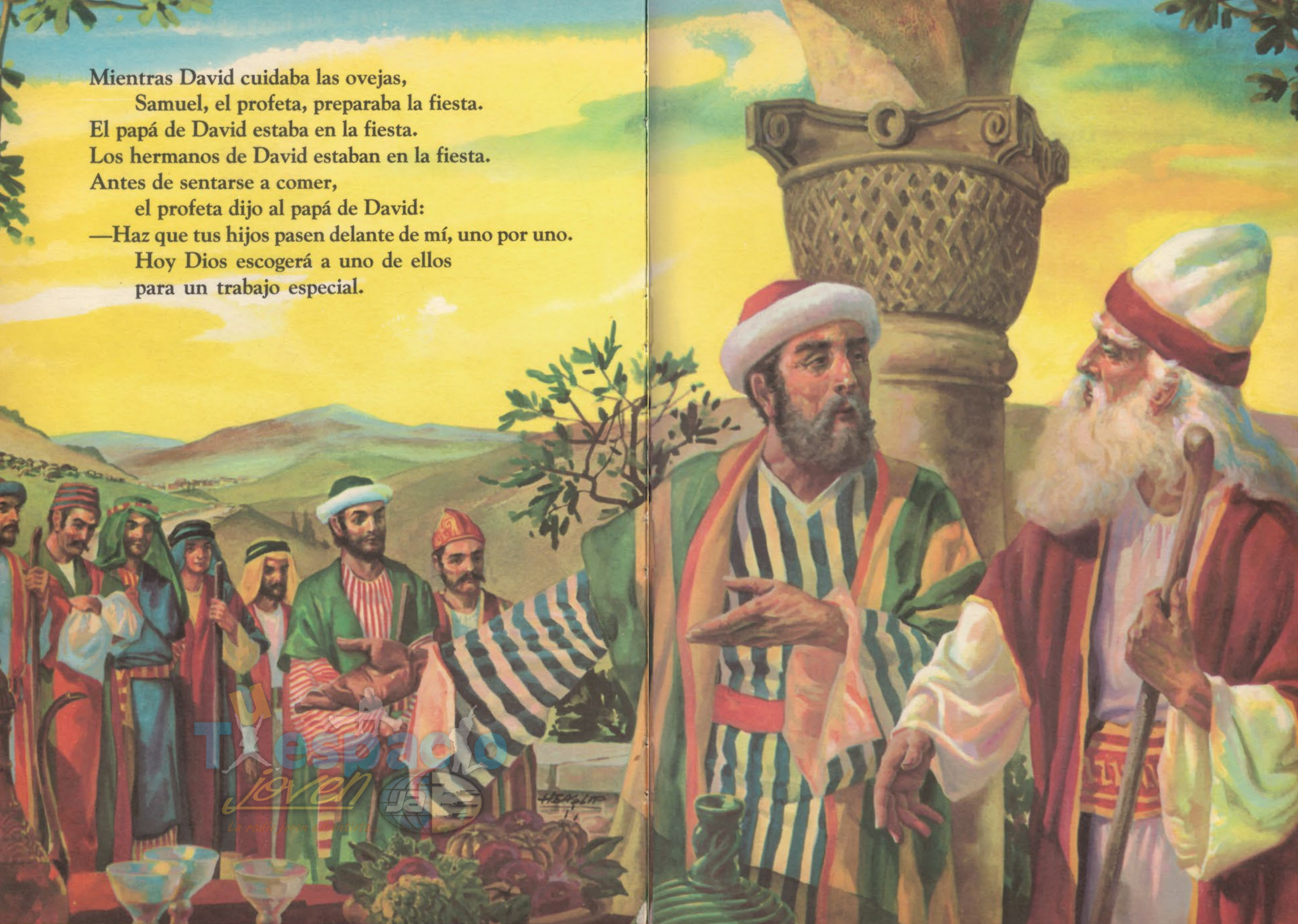
—¡Vengan, ovejitas! ¡Vengan, corderitos!

—llamó David, y los llevó a un lugar
donde pudieran estar seguros.

Mientras que las ovejas grandes comían la hierba fresca
y verde, Corderito Negro y Corderita Blanca
volvieron a sus juegos y brincos con los otros
corderos, y David se sentó para tocar el arpa.



Mientras David cuidaba las ovejas,
Samuel, el profeta, preparaba la fiesta.
El papá de David estaba en la fiesta.
Los hermanos de David estaban en la fiesta.
Antes de sentarse a comer,
el profeta dijo al papá de David:
—Haz que tus hijos pasen delante de mí, uno por uno.
Hoy Dios escogerá a uno de ellos
para un trabajo especial.



El hermano mayor pasó primero delante del profeta.
—No, éste no es —dijo el profeta.
Entonces pasó el que le seguía delante del profeta.
—No, éste no es —dijo el profeta.
Luego siguió el próximo en edad,
delante del profeta.
El profeta sacudió la cabeza.
—No, no es éste tampoco.



Uno tras otro
los hermanos de David pasaron delante del profeta
pero cada vez el profeta decía:

—No, éste no es.

Entonces el profeta preguntó al padre de David:

—¿No tienes más hijos que éstos?

—Sólo el menor que cuida las ovejas.

—Manda a buscarlo —le dijo el profeta.



David llegó corriendo
con el arpa debajo del brazo, la honda en el cinturón.
Venía con las mejillas rojas y todo despeinado.
—David, preséntate al profeta
—le dijo el padre.
David se presentó ante el profeta.
—Es éste —dijo el profeta—.
Este es el muchacho que Dios ha escogido.
El profeta derramó sobre la cabeza de David
un aceite fragante, para dar a entender
que el muchacho había sido el escogido.



—Ahora comenzaremos la fiesta

—dijo el profeta.

Hicieron lugar para David y se sentaron,
el profeta, el padre y sus hermanos.

¿Por qué había escogido a David? ¿Qué haría?

Nadie lo sabía, pues era un secreto.

El padre de David no lo sabía.

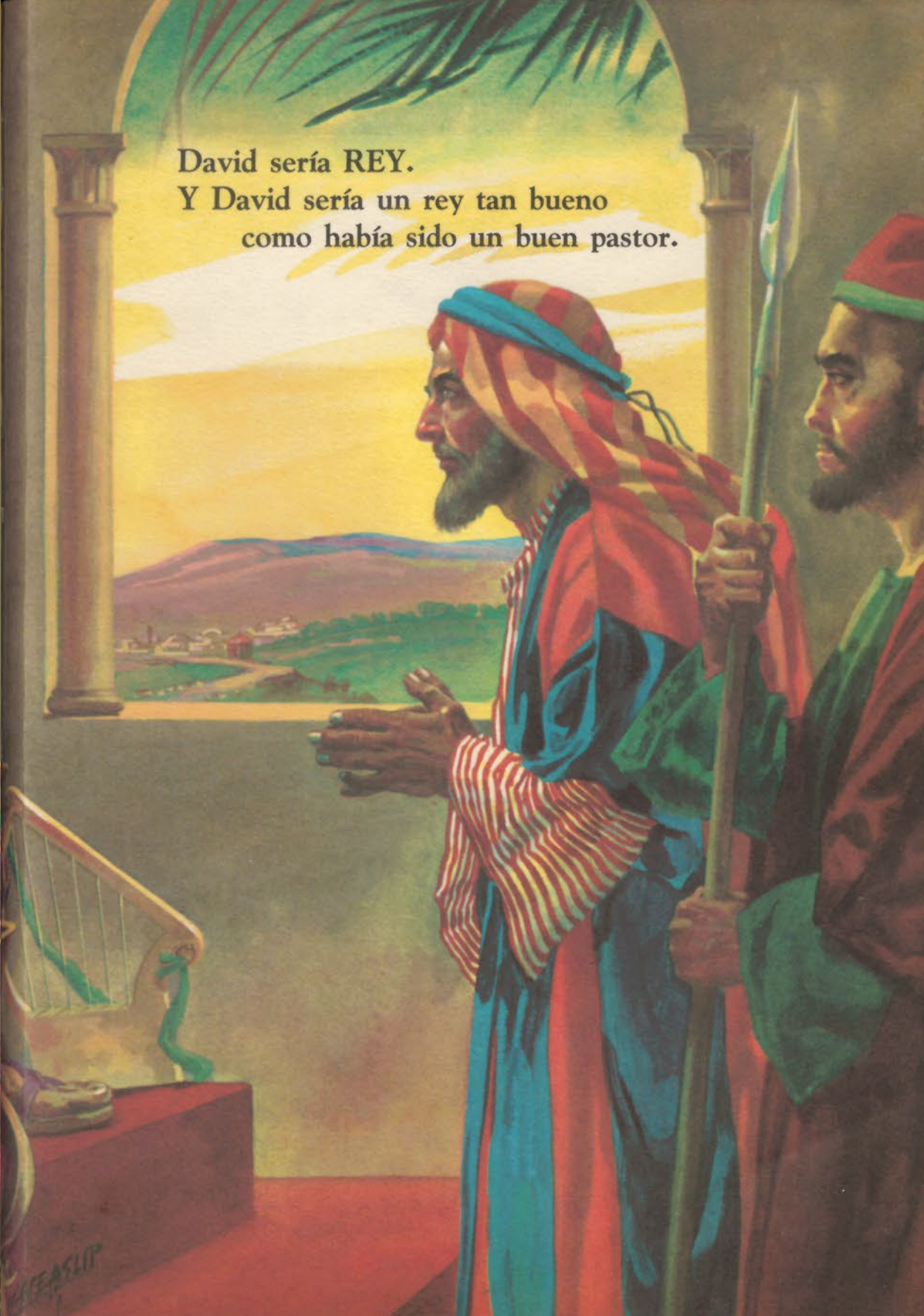
Los hermanos de David no lo sabían. David no lo sabía.

Sólo el profeta y Dios sabían que
algún día. . .





David sería REY.
Y David sería un rey tan bueno
como había sido un buen pastor.





Tu espacio
joven



... el mundo joven adelantado...

HEASLIP

